

★ ALEJANDRO PUCHKIN ★

ilustraciones de
ANGELINA BELOFF



BIBLIOTECA DE CHAPULÍN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



ZAR SALTÁN

ALEJANDRO PUCHKIN

ilustrado por
ANGELINA BELOFF



Universidad Nacional Autónoma de México
México 2024

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Pushkin, Aleksandr Sergeevich, 1799-1837, autor. | Beloff, Angelina, 1879-1969, ilustrador.
Título: El zar Saltán / Aleksandr Pushkin ; ilustrado por Angelina Beloff.
Otros títulos: O tsare Saltane. Español.
Descripción: Primera edición facsimilar. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2024. | Serie: Biblioteca de Chapulín. | Material infantil. | Reproducción facsimilar de la edición de México, Secretaría de Educación Pública, 1945.
Identificadores: LIBRUNAM 2232086 | ISBN 9786073087971.
Clasificación: LCC PG3348.E8.Z37 1945a | DDC 891.713—dc23
Primera edición: Secretaría de Educación Pública, 1943.

Primera edición: Secretaría de Educación Pública, 1945.

Primera edición: 20 de febrero de 2024

Primera edición facsimilar autorizada por la Secretaría de Cultura
| Dirección General de Publicaciones | Dirección Editorial y de
Producción | Oficio DGP/DEyP/016/2021.

D. R. © 2024 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510
Ciudad de México
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-5985-5 (colección)
ISBN: 978-607-30-8797-1

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

E L Z A R
S A L T A N

(EDICIÓN FACSIMILAR)

CUENTO DE
ALEJANDRO PUCHKIN

EL ZAR SALTAN

EL PRINCIPE GÜIDON
Y LA PRINCESA CISNE



ILUSTRACIONES DE
Angelina Beloff

EDICIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA



P R O L O G O



CERCA del mar crece una encina y hay bajo la encina un sabio gato negro encadenado con una cadena de oro. De día y de noche camina alrededor del árbol. Cuando va a la derecha canta una canción, cuando va a la izquierda cuenta un cuento. Yo estuve allá, bebí vino y cerveza y el gato sabio me contaba sus cuentos, recuerdo uno de estos cuentos. Ahora lo voy a relatar al mundo.

A. PUCHKIN. (Prólogo para el poema "Ruslan y Ludmila").



TRES hermanas hilaban al anochecer junto a una ventana.

—Si fuera yo Zarina —dijo una de ellas—, prepararía un magno festín para toda la gente cristiana.

—Si yo fuera Zarina —exclamó la segunda— me dedicaría a tejer lino para

todo el mundo.

—Si fuese yo la esposa del Zar le hubiera dado un hijo fuerte y valiente — afirmó la tercera hermanita.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando se oyó rechinar la puerta y penetró en el aposento el mismo Zar, soberano de aquel país.

El había estado escuchando detrás de la ventana toda la conversación de las tres muchachas y las palabras de la última le gustaron sobremanera.

—Que Dios te guarde, bella joven, serás Zarina y me darás un hijo fuerte y valiente. Y ustedes, queridas hermanitas, dejen sus labores y vengan con nosotros; sus deseos serán satisfechos: una será cocinera y otra será tejedora.

El Zar y la futura Zarina se dirigieron al palacio y aquella misma noche se casaron.

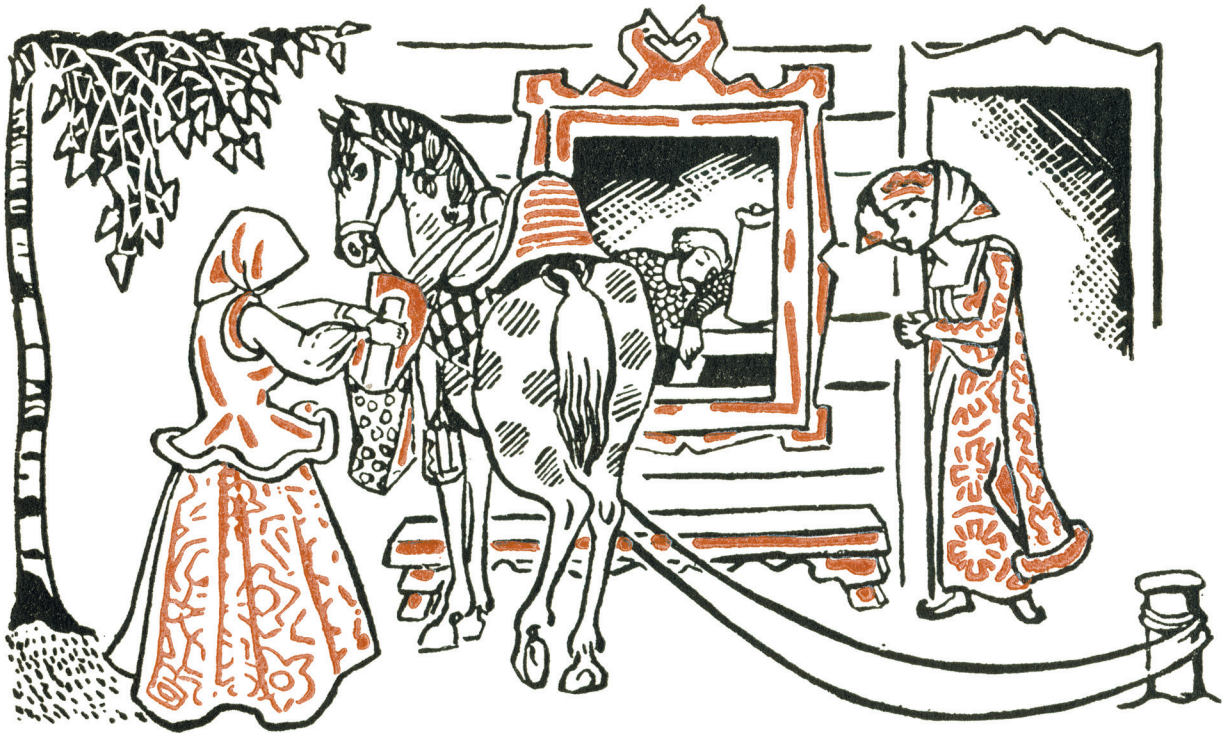
Hubo después un gran festín para celebrar la boda, al cual concurren muchísimos invitados.

Al retirarse el Zar y la Zarina a sus aposentos se acabó la fiesta. Mientras tanto la cocinera rabiaba en la cocina y la tejedora ante su telar, envidiando la suerte de su hermana.

Poco después estalló la guerra y el Zar Saltán partió al combate, tras despedirse de la Zarina y recomendarle que se cuidase por amor a él. La guerra continúa y mientras el Zar pelea larga y cruelmente, la Zarina cumple con su promesa, y da a su esposo un hijo de extraordinario tamaño. Y vela la reina por su hijito como el águila por sus aguiluchos.

Manda ella un mensajero al Zar para comunicarle la alegre nueva. Mas la tejedora y la cocinera, junto con la comadre Barbarija, quieren perder a la Zarina y cambian secretamente el mensaje por otro que reza así: "La reina no ha tenido ni hijo, ni hija, ni siquiera un ratón o una ranita, sino un animalucho desconocido."





Cuando el rey recibió la infausta nueva, montó en cólera y quiso ahorcar al mensajero; pero se calmó pronto y dió a éste el siguiente recado: “Esperad mi vuelta para la resolución del caso.”

Galopa el mensajero y al fin llega a la capital.

Mas la tejedora, la cocinera y la comadre Babarija ordenan emborracharlo y le quitan el escrito del Zar y lo sustituyen por otro en su escarcela.

De ese modo el recadero borracho entrega el siguiente mensaje: “El rey ordena a sus cortesanos y a los nobles, que sin pérdida de tiempo echen a la reina y a su retoño a los abismos del mar.”

Los cortesanos, a pesar de compadecer a la joven reina, por su triste suerte, tienen que cumplir la que ellos creen orden del Zar. Llegan en masa a las habitaciones de la Zarina y le leen en alta voz el mensaje recibido. Acto seguido meten a la reina y a su hijito en un tonel, ruedan éste hasta la playa y allí lo echan al océano, ejecutando así la supuesta orden del Zar Saltán.



BRILLAN las estrellas en el firmamento azul y en el azul océano van y vienen las olas. Una blanca nube navega en el cielo, el tonel navega en el mar. La reina, cual triste viuda, llora y se agita dentro del tonel, mas el niño crece y crece cada hora.

Pasa un día. La reina llora y grita, pero el niño dice a las olas:

—Ola mía, linda ola, tú eres fuerte y libre, vas donde te place, pules los guijarros, inundas las playas, llevas las naves. ¡No hagas que perezcan nuestras vidas, llévanos a tierra firme!



Escucharon la súplica las olas, levantaron con cuidado el tonel y lo dejaron en la playa, retirándose después. La madre y el hijo están ya a salvo, sienten la tierra bajo el tonel, pero ¿cómo salir de él? ¿Los abandonaría Dios en esta hora?

El niño se incorpora, apoya la cabeza en la tapa del tonel, exclamando: “Vamos a hacer una abertura.” Hace un esfuerzo, salta la tapa y salen ambos afuera.

La madre y el hijo por fin están libres. El mar azul los rodea, se alza una colina en medio de la isla y una verde encina extiende sus ramas en la cima del cerro.

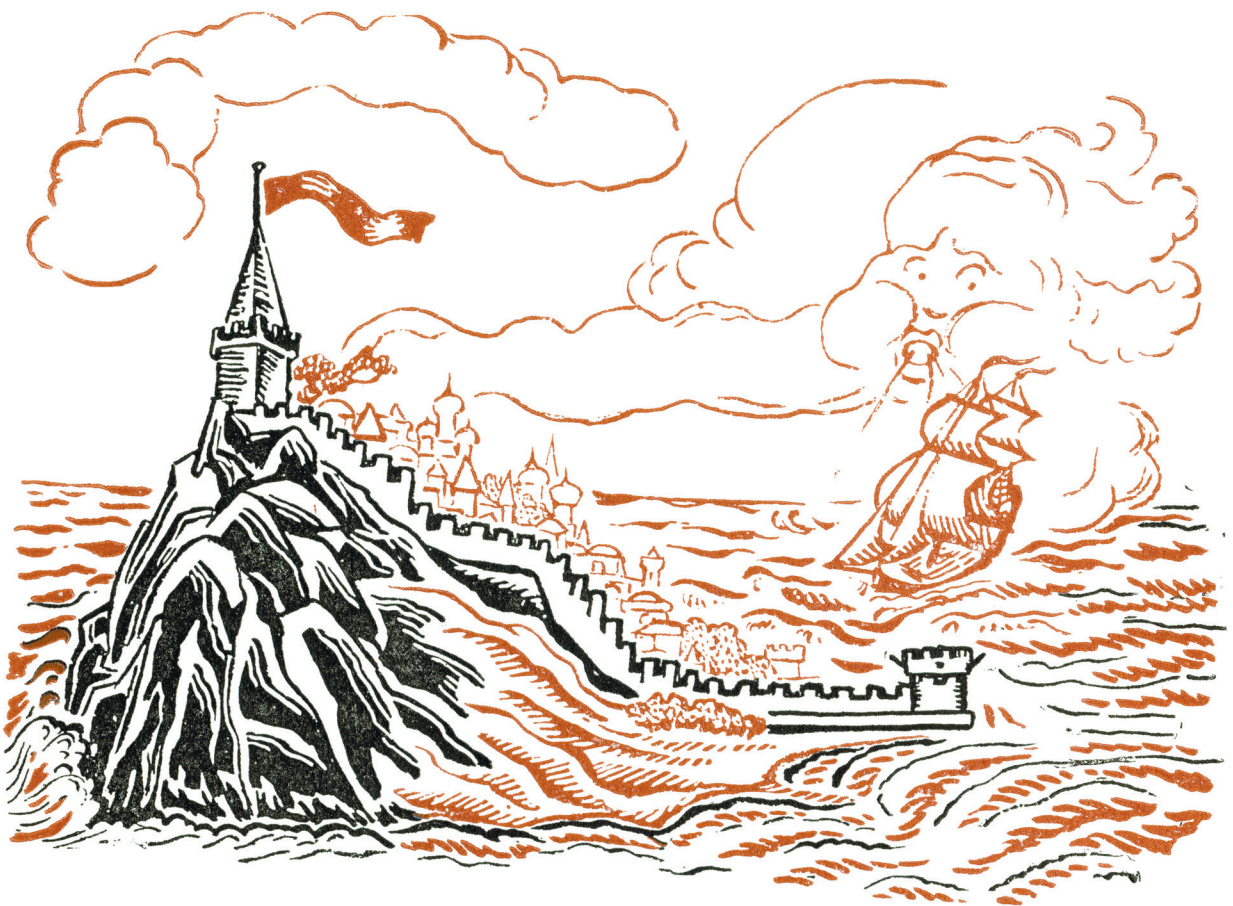
—Una buena cena no estaría de más ahora—, se dice el niño. Rompe una rama de la encina, hace con ella y con el cordón de su cruz un buen arco; luego talla en forma de flecha una ramita delgada. Y va entonces al borde del mar buscando presa.

De repente oye un quejido y ve algo atroz: un buitre vuela acechando a un cisne que se debate desesperadamente entre las olas. Ya el buitre se abalanza sobre el cisne, ya hunde en él sus garras, ya afila su pico sanguinario.

En ese momento canta la flecha su canción y traspasa el cuello del buitre. Sobre las aguas del mar se derrama su sangre. El príncipe baja el arco, mirando cómo el buitre se está ahogando. El pájaro perverso chilla con voz que no parece de ave. El cisne nada alrededor, pica al buitre, acelera su muerte golpeándolo con las alas y lo hunde en el mar. Se acerca luego a la playa y habla con voz humana al joven arquero:

—Príncipe mío, tú eres mi salvador, mi poderoso libertador. Mas no has libertado a un cisne, has salvado la vida de una doncella, no has dado muerte a un buitre, sino a un malvado hechicero. No te aflijas, ya que, aunque por causa mía se haya perdido tu flecha y tu madre y tú no coman en estos días, en el futuro premiaré tu bondad con grandes bienes. Nunca te olvida-





ré, te serviré y me hallarás siempre que me necesites. Ahora vete y duerme en paz.

Dichas estas palabras se alejó volando el cisne; el príncipe y la reina pasaron el día en ayunas y al caer la noche se tendieron a dormir. ¡Cuál sería la sorpresa del joven héroe cuando al abrir los ojos a la mañana siguiente, sacudiéndose los sueños de la noche, vió ante él una gran ciudad! Los blancos muros estaban erizados de almenas y detrás resplandecían las cúpulas de los templos y conventos.

Despierta al punto a la reina y lanza ella un grito de sorpresa. El príncipe le dice entonces:

—Esto no es todo, madre, mi cisne podrá hacer mucho más. La reina y su hijo se dirigen hacia la ciudad y al traspasar

la puerta se oye un ensordecedor repique de campanas, los acoge una multitud entusiasta que los aclama y vitorea.

Una suntuosa corte instalada en doradas carrozas los recibe, y acto seguido es coronado el príncipe proclamándolo soberano de aquel reino, bajo el nombre de príncipe Gúidón.

Con la aprobación de la reina el príncipe comienza a gobernar ese mismo día.



El viento se pasea sobre el mar y empuja al barco, que alegre camina entre las olas con sus velas hinchadas.

Los marineros se apiñan en la proa, para contemplar algo maravilloso.

Sobre una isla, antes desierta, hay una gran ciudad con cúpulas de oro y un puerto fortificado. Las salvas de los cañones dan la orden de atracar. El barco se acerca, desembarcan los mercaderes y el príncipe Gúidón los invita a su palacio, donde después de agasajarlos, les pregunta qué rumbo llevan y qué mercancías venden.

—Hemos dado la vuelta al mundo —contestan los mercaderes—. Vendíamos pieles de martas y zorros; ahora llegamos al término de nuestro viaje y nos dirigimos hacia el oriente, al reino del Zar Saltán.

El príncipe les dice entonces:

—Buen viaje tengan, señores mercaderes, a través del océano, hasta el reino del glorioso Zar Saltán. Salúdenlo en mi nombre.

Los mercaderes se embarcan y parte el navío.

El príncipe Gúidón, triste y acongojado, los sigue con la mirada.

De repente ve acercarse al cisne blanco nadando sobre las olas.

—¡Buenos días, mi hermoso príncipe! ¿Por qué estás triste como un día lluvioso? Dime la causa de tu pena.

—La angustia y la tristeza se han apoderado de mi alma. Ansío conocer a mi padre — le contesta el príncipe.

—Si tal es la causa de tu congoja —le responde el cisne— la puedo remediar. ¿Quieres alcanzar el barco? Te transformaré en mosquito.

Al decir estas palabras agita ruidosamente las alas y salpica al príncipe de pies a cabeza. Súbitamente se convierte en un mosquito que emprende el vuelo zumbando, alcanza al barco y se esconde en un pequeño agujero.



LEGRE sopla el viento, camina jubilosamente el barquito, pasa frente a la isla Buyán hacia el reino del Zar Saltán y pronto se divisa a lo lejos la playa deseada.

Por fin desembarcan los mercaderes y se dirigen al palacio real, invitados por el Zar Saltán. Nuestro héroe, convertido en mosquito, vuela tras ellos.

En una sala espaciosa ve en su trono al Zar Saltán resplandeciente de oro, con la corona en la cabeza, mas en su rostro se reflejan tristes pensamientos.

La tejedora y la cocinera con la comadre Babarija están sentadas junto a él, fija la mirada en los ojos del Zar.

Saltán convida a los navegantes a su mesa y los interroga:



—¿Por qué rumbos habéis navegado, señores mercaderes? ¿Qué ocurre en el mundo allende los mares? ¿Qué prodigios habéis visto en vuestros viajes?

Los navegantes contestan a Saltán:

—Hemos recorrido el mundo entero y realmente la vida no es mala allende los mares. Y en estos viajes observamos algo maravilloso: nos era conocida un isla desierta en medio de la cual se levantaba una colina y sobre aquel promontorio crecía una encina solitaria. Ahora vimos una nueva y gran ciudad con palacios e iglesias de cúpulas doradas, mansiones y jardines. En ella reina el príncipe Güidón y él te manda saludar.

El Zar Saltán se admira de tal prodigio.

—Si Dios me da vida —dice—, iré a ver la maravillosa isla y visitaré al príncipe Güidón.



Mas la tejedora con la cocinera y la comadre Babarija no quieren dejar que vaya a verle. La cocinera guiña el ojo a las otras y dice:

—¡Vaya un prodigio! ¡Hay una ciudad en una isla! Sepan que hay otra maravilla y no es broma: hay un pino en un bosque, bajo el pino una ardilla, casca nueces de oro y saca un grano de esmeralda cantando alegres canciones. ¡Eso sí que es un prodigio!

El relato asombra a Saltán, pero el mosquito, lleno de rabia, hunde su aguijón en el ojo derecho de su tía. La cocinera palidece, pierde el sentido y queda tuerta para siempre. Los mozos, la comadre y la hermana arman gran alboroto para tratar de matar al mosquito, mas éste se escapa por la ventana y tranquilamente vuelve a su país volando sobre los mares.

De nuevo Gúidón se pasea a la orilla del mar sin quitar los ojos de las olas y ve acercarse al cisne blanco.

—¡Buenos días hermoso príncipe! ¿Por qué estás triste como un día nublado? ¿Qué te preocupa?

Y le contesta el joven:

—Me agobia un deseo. Quisiera tener en mi reino una cosa portentosa. Quizás la gente mienta; pero dicen que existe un pino, debajo del cual hay una ardilla; la ardilla canta alegres canciones, rompe nueces de oro y saca de ella granos de esmeralda.

Y el cisne le contesta:

—Es cierto lo que cuenta la gente y yo lo conozco bien. No estés triste, príncipe de mi alma, mi felicidad es servirte en nombre de nuestra amistad.

Consolado se va Güidón a su casa, y apenas entra en el espacioso patio ve bajo un alto pino a la ardilla del cuento que rompe nueces de oro, saca esmeraldas, acomoda las cáscaras y piedras preciosas en montoncitos regulares, canta y silva ante todo el mundo. Queda asombrado el príncipe Güidón, y agradecido en el alma al cisne. Luego hace construir para la ardillita una casa de cristal, dispone una guardia que cuide de ella y que un escribano lleve la cuenta exacta de las nueces de oro. Para el príncipe las ventajas, para la ardilla los honores.



El viento se pasea sobre el mar y empuja al barco que alegre camina sobre las olas con sus velas hinchadas.

Pasa a la vera de la isla escarpada y de la gran ciudad. Los cañones hacen salvas y ordenan a la nave atracar. Se acerca el barco al muelle, bajan a tierra los navegantes, van al palacio invitados por el príncipe Güidón. Son agasajados con un festín y Güidón les pregunta:

—¿Cuáles son las mercancías que venden ustedes, señores mercaderes, y hacia dónde se dirigen ahora?

—Hemos dado la vuelta al mundo, comerciando en caballos y potros del Don, mas ahora toca a su término nuestro viaje y vamos rumbo al reino del Zar Saltán, pasando cerca de la isla Buyán.

—Buen viaje tengan, señores, a través del mar, hasta el reino

del glorioso Zar Saltán; no olviden decirle que Gúidón le manda un gran saludo — recomiéndales el joven.

Los mercaderes se despiden y reanudan su viaje, mientras Gúidón vuelve a la orilla del mar. Al punto ve acercarse al cisne blanco. Se queja el joven al cisne, que su alma se desgarrá por el deseo de ver a su padre y nuevamente la blanca ave le salpica y le transforma en mosca. La mosca alcanza el barco en el mar y se esconde en una rendija.



LEGRE sopla el viento, camina jubiloso el barquito, pasa frente a la isla Buyán hacia el reino del Zar Saltán y pronto se divisa a lo lejos la playa deseada.

Ya pisan los navegantes la tierra patria, el rey Saltán los invita a su palacio y nuestro héroe los sigue volando; ve en una espaciosa sala, en su trono, al Zar Saltán, sus

vestiduras cuajadas de oro y tocado con su corona, pero su cara revela la tristeza que le embarga el alma. La tejedora y la cocinera con la comadre Babarija le rodean, semejantes a tres sapos malvados.

Saltán los invita a su mesa y les pregunta:

—Señores mercaderes ¿ha sido largo vuestro viaje? ¿qué tierras habéis recorrido? Decidme ¿cómo se vive allende los mares?

Los navegantes dan esta respuesta:

—Hemos recorrido los siete mares y realmente se vive bien en las tierras lejanas. Hay una isla en el océano y en la isla una grande y rica ciudad; frente al palacio crece un alto pino y bajo éste, en una casa de cristal, vive una ardilla maravillosa. Canta canciones y casca nueces de oro, sacando de ellas granos de esmeralda. Los sirvientes cuidan y atienden a la ardilla. El ejército le rinde honores y un escribano especial lleva cuenta exacta de estas riquezas. Con el oro de las cáscaras se acuña la moneda y la lanzan a rodar por el mundo. Las sirvientas vierten las esmeraldas en las arcas de los sótanos. No hay pobres en este reino; no hay chozas. Todo el mundo vive en ricas moradas. Allí gobierna el príncipe Gúidón y él te manda saludar.





Sorprende al Zar Saltán tal prodigio y dice que no dejará de visitar la isla maravillosa y al príncipe Gúidón. La tejedora y la cocinera, con la comadre Babarija, no quieren dejarle ir a ver la isla. Sonriendo maliciosamente dice al rey la tejedora:

—¿Qué hay de extraordinario en que una ardilla roa nueces de oro y acomode las esmeraldas en montones? ¡Quizás sea verdad, quizás mentira! El mundo sabe de otro milagro: el mar se hincha tempestuoso, se cubre de espuma, ruge, inunda la playa, y, cuando retrocede, deja sobre la arena treinta y tres guerreros cubiertos de escamas resplandecientes, todos espléndidos en su belleza juvenil, todos gigantes, iguales los unos a los otros como escogidos a propósito; los manda el cabo Chernomor. Eso sí que es una maravilla, se puede afirmar sin duda alguna.

El Zar Saltán queda asombrado del relato, mas el príncipe Gúidón se consume de ira, zumba, se posa sobre el ojo izquierdo

de su tía y clava el aguijón. La tejedora palidece, lanza un ¡ay! de dolor y en el acto se queda tuerta. Todos gritan:

—¡Cójnala, aplástenla, mátenla! ¡Espérate maldita mosca, ya verás!

Mientras tanto el príncipe se escapa por la ventana y vuelve tranquilamente a su isla, y al llegar va y viene por la playa, sin apartar los ojos del mar azul. Mira y de repente descubre entre las olas al cisne blanco.

—¡Salud!, mi bello príncipe. ¿Por qué te veo sombrío como un día sin sol? ¿Qué congoja te atormenta?

Me corroen la tristeza y el ansia. Tengo el anhelo de poseer en mi reino la maravilla de las maravillas.

—¿Y cuál sería este prodigio? —pregunta el cisne.

—Parece que en algún lugar del mundo el mar se hincha tempestuosamente, se cubre de espuma, ruge, inunda una playa desierta y deja, al retroceder, a treinta y tres guerreros, jóvenes, hermosos, gigantescos, iguales los unos a los otros, a quienes manda el cabo Chernomor.

—¿Tal es la causa de tu tristeza, alma mía? Debes saber que estos guerreros marinos son mis amados hermanos. No te aflijas, vete a tu casa y espera.

El príncipe vuelve al palacio, olvidando su pena, sube a la torre y observa el mar. Este súbitamente se hincha, se extiende sobre la playa y deja allí a los hermosos guerreros; éstos se forman por parejas y precedidos por el cabo Chernomor, cuyas canas brillan al sol, se dirigen hacia la ciudad.

El príncipe baja presuroso de la torre y recibe a los queridos visitan-





tes; acude curioso el pueblo; entonces el cabo dirige la palabra a Gúidón.

—El cisne nos ha mandado cuidar de tu gloriosa ciudad y montar la guardia en derredor. De hoy en adelante vamos a salir diariamente de la profundidad de las aguas y hacer la ronda bajo las altas murallas. Ahora tenemos que volver al mar, pues el aire de la tierra resulta pesado para nosotros.



L viento se pasea por el mar y empuja al barco, que alegre camina sobre las olas con sus velas hinchadas y pasa frente a la isla escarpada y su hermosa ciudad. Los cañones hacen salvas y ordenan a la nave que aborde el muelle.

Los navegantes desembarcan, e invitados por el príncipe Güidón se dirigen al palacio, donde los espera un festín. Nuevamente los interroga el príncipe:

—¿Qué mercaderías venden ahora, señores, y a dónde les lleva su destino?

—Hemos recorrido el mundo entero; vendíamos acero, plata y oro puros; ahora, a punto de terminar nuestro viaje, aun nos queda un largo camino por recorrer: pasando cerca de la isla Buyán vamos hacia el reino del Zar Saltán.

El príncipe Güidón se despide de ellos con estas palabras:

—Feliz viaje tengan, señores navegantes; cuando lleguen al reino del Zar Saltán díganle que el príncipe Güidón le manda saludar con cariño.

Los mercaderes hacen una profunda reverencia y emprenden el viaje de regreso. Mientras tanto, Güidón corre hacia el mar y ve al cisne nadando ya por allí. El príncipe le suplica nuevamente:

—Mi alma no está tranquila, el deseo me impulsa e inquieta . . .

Y sin más, el cisne lo rocía con el agua del mar; en el acto Güidón se empequeñece hasta convertirse en zángano, vuela, alcanza el barco y se oculta en una rendijita.



ALEGRE sopla el viento, camina jubiloso el barquito, pasa frente a la isla Buyán hacia el reino del Zar Saltán y se divisa ya a lo lejos la playa deseada

Los mercaderes bajan a tierra, y convidados por el Zar Saltán, se dirigen al palacio. Tras ellos vuela nuestro héroe. El Zar hállase en su trono en la gran sala de recepción. Refulgen su áureo traje, y su corona en la cabeza; mas todo este esplendor no logra disipar los pensamientos tristes que se reflejan en su semblante.

La tejedora y la cocinera con la comadre Babarija están sentadas a su vera, mirando las tres con cuatro ojos. Saltán convida a los navegantes y les pregunta:

—Señores mercaderes, ¿ha sido largo vuestro viaje? ¿qué tierras habéis recorrido? ¿cómo se vive allende los mares y qué prodigios habéis observado en el vasto mundo?

—No se vive mal en los países lejanos y una extraordinaria maravilla ha aparecido en el mundo. Hay una isla en el mar y una gran ciudad en esta isla. Cada día el mar se hincha tempestuoso, se cubre de espuma, ruge, inunda la playa y allí deja a treinta y tres guerreros cubiertos de escamas de oro, jóvenes, altos, hermosos, como escogidos a propósito. El viejo cabo Chernomor sale con ellos al mar y los lleva, formados por parejas, para hacer rondas bajo las murallas de la ciudad. No existe otra guardia en el mundo tan segura, tan valiente y tan cumplida. Governa aquella isla el Príncipe Güidón, quien te manda saludar.

Sorprendido queda el Zar Saltán con este relato y dice:

—Si Dios me da vida, visitaré al príncipe en su maravillosa isla.

Ni la cocinera ni la tejedora abren la boca, pero Babarija sonríe socarronamente:

—¿Quién se sorprendería con tales naderías? Unos hombres salen del mar y guardan una ciudad. Será verdad o será

mentira, mas no nos parece algo digno de admirar. ¡Mayores prodigios existen en el mundo! Entre la gente corre cierto rumor: cuentan que hay allende los mares una princesa de tan gran belleza, que cautiva los ojos. De día opaca la luz del sol, de noche alumbra la tierra, la luna brilla bajo sus trenzas, en su frente resplandece una estrella. Su porte es majestuoso, camina como un pavo real; y cuando empieza a discurrir, su voz parece el murmullo de un río. ¡Eso sí que puede llamarse prodigio!

Los perspicaces mercaderes no chistan, no quieren discutir con la vieja; el Zar Saltán se asombra del cuento, mas el príncipe, a pesar de su enojo, no quiere lastimar los ojos de la vieja abuela. Zumba y da vueltas y se para sobre su nariz, le clava el aguijón y le hace una enorme roncha. Otra vez hay un gran alboroto:



—¡Socorro, por amor de Dios! ¡agárrenlo, aplástenlo!

El zángano ya se escapa por la ventana y vuela tranquilamente hacia su tierra.

El príncipe va y viene por la playa y no aparta los ojos del mar. Al punto ve venir al cisne blanco.

—Buenos días tengas, mi hermoso príncipe, ¿por qué te veo tan melancólico como un día de lluvia? ¿cuál es la causa de tu pesadumbre?

Y el príncipe contesta:

—La tristeza y el desaliento me consumen. La gente se casa y sólo yo ando soltero.

—¿Y en quién piensas para novia?

—Dicen que en un lugar de la tierra hay una princesa tan bella que opaca la luz del sol e ilumina la noche. Bajo su trenza brilla la luna y en su frente una estrella. Es majestuosa como un pavo real y cuando platica su voz parece el murmullo de un río. ¿Pero quién sabe si esto sea verdad? . . .

El príncipe espera temeroso la respuesta. El cisne blanco está callado, pero, tras meditar, dice así:

—Es cierto. Existe tal joven, pero una mujer no es como un guante. No puedes quitarla de tu blanca mano y sujetarla bajo el cinturón. Te voy a dar un consejo: debes cavilar mucho sobre este asunto, para no arrepentirte más tarde.

El príncipe jura y perjura que necesita casarse, que ha tenido tiempo de pensar en todo aquello y está dispuesto a ir a buscar a la bella princesa, aunque sea hasta el fin del mundo. El cisne suspira profundamente y dice:

—¿Para qué ir tan lejos? Tu destino está al alcance de tu mano, pues yo soy esa princesa.

Despliega las alas. Alza el vuelo y luego se posa tras unos arbustos, se sacude, se agita y se transforma en bella princesa con

la luna bajo sus trenzas y una estrella en la frente, de porte majestuoso, como de pavo real; en su voz parece oírse el murmullo de un río. El príncipe abraza a la princesa, la lleva ante su querida madre, se hinca de rodillas y le suplica a la reina:

—Querida madre Zarina: he escogido una esposa, que será tu hija obediente; los dos te suplicamos que nos des consentimiento para casarnos y que bendigas a tus dos hijos, para que vivan en paz y amor.

La madre Zarina bendice a sus hijos obedientes con un icónico milagroso, vertiendo lágrimas de felicidad, y les dice:

—Que Dios os bendiga y recompense, hijos míos.

No se demora la boda; se casan, y comienza una nueva vida y esperan un vástago.



El viento se pasea por el mar y empuja al barco, que alegre camina sobre las olas con sus velas hinchadas; pasa frente a la isla escarpada y la hermosa ciudad.

Los cañones del muelle hacen salvas, ordenan a la nave acercarse. El príncipe Gúidón invita a los navegantes a su palacio, los convida a comer y beber y les dirige sus habituales preguntas:

—¿Con qué mercancías han traficado, señores comerciantes, y hacia dónde navegan ahora?

Los navegantes responden:

—Hemos dado la vuelta al mundo vendiendo diversas mercancías; el camino que nos queda aún por recorrer es muy largo

y el final de nuestro viaje es el reino del Zar Saltán, tras pasar frente a la isla Buyán.

—Tengan venturoso viaje, señores, por el mar océano, hacia el reino del glorioso Zar Saltán. Háganme el favor de recordarle que tiempo ha que él nos quería visitar; sin embargo, hasta ahora no se ha decidido. Salúdenle cariñosamente de parte mía.

Se van los mercaderes, mas por esta vez el príncipe se queda en casa con su joven esposa.



LEGRE sopla el viento, camina jubiloso el barquito, pasa frente a la isla Buyán hacia el reino del Zar Saltán. Pronto se divisa a lo lejos la tierra deseada.

Desembarcan los navegantes y en el acto los invita el Zar Saltán. Entran los visitantes al palacio, ven al Zar con su espléndida corona en la cabeza, a la tejedora, a la cocinera y a la comadre Babarija en torno suyo; las tres viejas miran con cuatro ojos. El Zar Saltán los convida a su mesa e interroga:

—Regresan ustedes de un largo viaje, señores mercaderes. ¿Por qué rumbos ha navegado su barco y qué novedad hay en el vasto mundo?

Los navegantes contestan:

—Hemos viajado por todos los mares, nos gusta la vida que se lleva en los lejanos países y nos hemos enterado de una maravilla. Hay en el mar una isla y en ella una hermosa ciudad, con grandes mansiones y jardines, con iglesias de doradas cúpulas y rodeada por altas murallas. Delante del palacio crece un alto pi-

no y bajo él hay una casita de cristal. Una ardilla vive allí, mas esta ardilla sabe cantar canciones y casca nueces, que no son nueces corrientes, pues su cáscara es de oro y los granos de esmeralda. La servidumbre cuida y mimaba a la ardilla. Y aún otro prodigio sucede allí: el mar se hincha tempestuoso, se cubre de espuma, ruge, se extiende por la playa y, al retirarse, deja sobre ella treinta y tres guerreros que parecen ardientes antorchas con sus brillantes armaduras de escamas. Todos jóvenes, hermosos, gigantes, iguales los unos a los otros como si fuesen escogidos a propósito. Con ellos sale su jefe el cabo Chernomor y no existe en el mundo una guardia más segura, más valiente ni más cumplida.





Además, la esposa del príncipe es de belleza deslumbrante; de día opaca la luz del sol, de noche alumbra la tierra. La luna brilla bajo sus largas trenzas y una estrella resplandece en su frente. El príncipe Gúidón gobierna esta isla; todo el mundo lo elogia con calor y él te manda saludar y te re-

procha el que tú hayas prometido visitarlo y nunca te hayas decidido.

El Zar Saltán no se resiste esta vez y ordena armar una flota. La tejedora y la cocinera con la comadre Babarija, como de costumbre, no quieren dejarlo ir a ver la isla maravillosa, mas ahora el Zar no las escucha, se enfada y las hace callar.

—¿Quién soy yo? —les dice—. ¿Soy un niño o soy Zar de este reino? Ahora mismo me embarco.

Da una patada en el piso, sale del aposento y da un portazo.

Gúidón está sentado junto a la ventana y silencioso mira el mar. No ruge el océano ni agita sus olas. Apenas se estremece ligeramente su vasta superficie, cuando en las azules lejanías aparecen las naves. Por las llanuras del océano navega la flota del Zar Saltán.

Salta de su asiento el príncipe Gúidón y exclama con voz vibrante:

—¡Mi muy querida madre! ¡Mi esposa jovencita! Miren, miren por allá, ya viene mi padre.

La flota se acerca a la isla y Güidón enfoca su catalejo. Ve sobre la cubierta al Zar Saltán que los mira igualmente a través de su anteojo; a su lado están la tejedora y la cocinera con la comadre Babarija; se asombran también ellas ante el país desconocido. De repente se oyen las salvas de los cañones, el repique de las campanas. El Príncipe Güidón en persona va hacia el mar; llega a la playa para recibir al Zar Saltán y a la tejedora, la cocinera y la comadre Babarija; el príncipe acompaña a su padre sin contarle nada. Todos entran ahora en los aposentos. A la entrada brillan las corazas y el Zar ve ante sus ojos a los treinta y tres guerreros, jóvenes gigantes, hermosos y valientes, todos iguales los unos a los otros como escogidos a propósito, y con ellos su cabo Chernomor. El Zar entra en el espacioso patio: allí, bajo el alto pino, la ardilla canta una canción y casca la nuez de oro, saca el grano de esmeralda y lo guarda en una bolsita; todo el vasto patio está cubierto de cáscaras de oro. Siguen adelante los invitados y se detienen asombrados: ven ante ellos a la maravillosa princesa con la luna bajo las trenzas y la estrella en su frente, majestuosa como un pavo real, acompañada por la Zarina madre.



El Zar la mira y la reconoce . . .

—¿Qué veo? ¿Qué es ésto? ¿Cómo? —exclama—; su corazón se alborota, le falta la respiración y se deshace en lágrimas.

Saltán abraza a la Zarina, a su hijo y a la joven princesa. Todos se sientan a la mesa para un alegre festín.

Mientras tanto, la tejedora y la cocinera con la comadre Babarija se esconden en los rincones y difícil es encontrarlas. Luego confiesan todas sus fechorías llorando amargamente y arrepentidas piden perdón.

El Zar, ante dicha tan grande, las dejó volver a su casa.

Después de un día tan feliz tuvieron que acostar a Saltán medio borracho.

Yo estuve allí, presencié el festín, tomé vino y cerveza, pero no logré más que mojar los bigotes.





ESTE CUENTO SE IMPRIMIO
EN LOS TALLERES GRAFICOS
NUM. 1 DE LA SECRETARIA
DE EDUCACION PUBLICA Y
SE TERMINO EL DIA 8 DE
— MARZO DE 1946 —



ALEJANDRO PUCHKIN nació en Moscú en 1799 y falleció muy joven en San Petersburgo en 1837. Por un lado, fue descendiente de una antigua familia de la aristocracia y, por el otro, heredó de su abuela materna, una humilde campesina, un amor profundo por los cuentos y la poesía popular. Ambos factores, junto con su esmerada educación en lengua francesa, lo convirtieron en el padre de la literatura rusa. Su poesía de inspiración liberal lo alejó de la corte en un exilio forzoso para luego regresar a Moscú, donde se casa con Natalia Goncharovna, mujer cuya hermosura atrae a muchos pretendientes. En un duelo contra uno de ellos, muere Pushkin a los 37 años de edad.

ANGELINA BELOFF nació en San Petersburgo en 1879. Llegó a México, invitada por Alfonso Reyes, después de una sólida formación académica en su ciudad y una estancia de varios años en París, donde conoció a muchos artistas. En nuestro país, se desempeñó al mismo tiempo como profesora de dibujo y como pintora y grabadora, además de dedicarse al teatro guiñol. Su gran interés por la literatura infantil se evidencia en su trabajo para la colección Biblioteca de Chapulín para la cual ilustró, además de este libro, *El caballito jorobado*, ambos muy apegados al folclore ruso, y *Canción para dormir a Pastillita*, nombre de una de sus marionetas favoritas.

Toda obra de arte es realizada por una persona que piensa, actúa y crea según su lugar y época de vida. Las ideas que expresa corresponden a su realidad y se transforman con el tiempo. En los cuentos de esta colección hay valores y situaciones con las que no necesariamente estamos de acuerdo, pero conocerlas nos sirve para analizar el mundo actual y reflexionar sobre el que queremos construir.



Escanea el código y
sabrás más sobre
Biblioteca de Chapulín.

